

oliver welden: "perro del amor"

OLIVER WELDEN: "Perro del Amor". Antofagasta, Ediciones Mimbres-Tebaida, 1970. Diseño e ilustraciones de Guillermo Deisler. Su primer libro de poemas se llamó "Anhista" (1965). A pesar de cierta tendencia al énfasis y a la gesticulación, asomó en esos versos de Welden un puño promisorio. Por entonces escribí sobre el poeta: ojo con él! Este segundo libro, "Perro del Amor", viene a

confirmar mi anuncio con una recopilación de poemas breves de notable interés. La edición, el diseño, ilustró e imprimó Guillermo Deisler, ahora en Antofagasta con su prensa y sus grabados.

Tres partes. La primera insiste en una dimensión trágica: la soledad, el suicidio, la muerte. Recursos de prosa narrativa o documental intensifican cierto clima de desolación que Welden introduce bruscamente desde la partida: "Fulgor de Tal, de infeliz memoria, / accedí al desencanto y criado en la impetura. / revela aquí su amargura / y expone, paso a paso, su conducta perniciosa. / mientras se sube a la silla / y al cuello ajusta la soga. / En el piso, señor juez, la carta justificatoria. / otra a su esposa, otra a su madre / y en alguna parte de la casa / el teléfono que llama, brevemente, / demasiado tarde". (p. 13). El segundo poema parodia la estructura de un cuento: "Erase un hombre solo, / demasiado solo; / cuando sentado en el baño / dejaba correr el agua / para escuchar su sonido / ..." (p. 14). Bocetos de situaciones trágicas —como el de una criada que se ahorca en la cocina— establecen una persistencia de cadáveres en el mundo poético de Welden, como queriendo subrayar el tenaz asedio de la muerte.

La segunda parte configura una atmósfera familiar degradada. El título de la sección, "De un tiempo a estas partes", sugiere una mirada retrospectiva hacia el pasado hogareño, mirada que no implica la nostalgia del paraíso perdido sino un feroz rencor: "Vuelve a mí la terrible angustia / de la infancia, esa timidez / conocida, y es preciso que no se mueva / para no caer, / como mi padre y mi madre, / como tanto ídolo roto de esos años" (p. 26). Lo que

en los versos citados se ofrece directamente como un testimonio del hablante, en otros poemas de la sección surge de un modo indirecto, envuelto en una situación narrativa, sin comentarios, comunicando su entraña emotiva a través de una anécdota o de un embrión de relato. Así en los poemas "Reincidencia" (una supersíntesis de historia familiar) y "La Muerte en Boca de Alguien" (notas al margen de una vieja fotografía de familia).

En la tercera parte reina el amor, la dimensión erótica. Se mantiene la tónica de comunicación inmediata, sin rodeos, y sin embargo sugiriendo con parquedad y economía una fuerte densidad emocional. Se trata de poemas flacos, leves, breves, pero muy cargados de intensidad expresiva. Ocurre también en esta sección la alternancia de un modo enunciativo y de un modo narrativo de poetizar. "Bitácora" podría ejemplificar el primer modo: "Amo la coronta de la manzana comida por ti, / dejada en el cenicero, entre mis colillas, / con sus pepas y tallo olvidados, / como para que yo simplemente los mire / y recuerde que donde ahora estás no es lejos, / pero que nunca conoceré el camino" (p. 35). El modo narrativo queda manifiesto en este otro poema: "Estás ahí de pie atendiendo tus cosas / y me das la espalda aborta en tus cosméticos: / mi mano encuentra tu seno suave / y desesperado intento llegar hasta tu centro / a través del prolen de tu falda que me resiste / hasta el momento de mi derrame / en mi propia bragueta y yo quedo húmedo / temblando de frío y tú quedas / sonriendo excitada con mi pequeña muerte / y le lanzas un beso al espejo que yo recibo de rebote / y me enfrentas / y vienes hacia mí tan len-

tamente apagando la luz". (p. 43, "Las Intenciones").

La exasperada violencia del amor que domina en el poema último constituye, al mismo tiempo, la clave definitoria para el núcleo germinador de todo el libro, que es precisamente una tensión erótica vivida en el límite de la destrucción. Por eso el título del volumen: "Perro del Amor". Pero es un mérito de Welden que esa tensión erótica no desborde al poeta ni a su poesía, que no atropella en invasión gesticulante, sino que su violencia se despliega por los versos sometida a un poderoso control, severamente regulada. Tal contención de energía multiplica, claro está, la eficacia expresiva de estos poemas, llenando de potencia lírica a una anécdota tan leve y trivial —bueno, es un modo de decir— como la de "Justina Velocísima" (¿tal vez un nombre inspirado en la novela de Durrell?). Se trata de un furioso poema de amor singularmente controlado, regulado, externamente atemperado por las riendas del humor:

"Buenas noches, Justina, / hoy he venido a verte, así es que déjame / entrar para decirte que sé que estás sola / y tanto tú como yo lo deseamos / este amor con el que te desnudo / y ahora poseo / sobre la alfombra del hall / porque no ha habido tiempo / para pasarme a tu cama / u ocasión para decirte de otra manera / te amo / y hacer entonces lo mismo que hacemos ahora" (p. 39). Este libro nos propone así, un poco en la órbita de Lihn, un camino de mucha eficacia para la poetización de la intimidad amorosa.

En suma: RECOMENDABLE.